

COROGRAFIA DE GUIPÚZCOA

Del cuerpo, espíritu, ingenio

é inclinación de los guipuzcoanos

Hablo en lo común sin detenerme en las excepciones quesalen de la común experiencia.

Los hombres son de estatura regular, bien agestados, blancos, aún los que todo el año sufren los ardores del sol y las inclemencias del tiempo, como son los labradores, caseros.

No se ven en Guipúzcoa hombres de cuerpos feos, monstruosos, contrahechos y de semblantes brutos, como en otros reinos.

Son ágiles, vivos y pronto, fuertes y robustos, y todos con caras de hombres que no degeneran en carillas de mujer, ó por mal comidos, ó por haber nacido endebles, ó por educación afeminada; y con bien pobladas cabeza y barba.

Son de cabeza tan sana, dura y fuerte, que apenas hay herida de muerte en ella.

Es villanía dirigir el golpe á las piernas; á la cabeza han de asentarse los palos, aunque la dejen rajada y abierta; y la experiencia enseña que todos por lo común sanan de heridas al parecer mortales.

Son de planta airosa, pisan fuerte y son de gran juego y vigor en las rodillas, y les es necesario para subir á sus caserías y montes altísimos, en que caminan como los manchegos en sus llanos; tiene su cuerpo gran resistencia contra los fríos, hielos, nieves, cierzos frigidísimos; no tanto contra el hambre y la sed.

En los pueblos formados, las gentes de calle son de más delicadeza.

Las mujeres en Guipúzcoa son las más hermosas que hay en toda España, de vivísimo color, bien apuestas, rollizas, fuertes, ágiles y sanas; de pocos melindres y hazañas, de gran despejo, que bajan y suben á sus caserías y montes con el mismo aire y vigor que si no hubiera cuesta.

Son más robustas y de más aguante que los hombres en llevar y traer cargas pesadísimas sobre su cabeza de un lugar á otro, distante tal vez tres ó cuatro leguas.

Esto que se vé comunmente en mujeres de casería y de la calle de esfera menor, se vé á proporción en las damas y señoritas, en lances y ocasiones en que trabajan sin melindres y afectadas delicadezas.

Pero según van introduciéndose las modas y aprensiones de Castilla en lo que llaman damería, temo que no tardarán mucho en hacerse de vidrio.

Egoqui machini manta.

El espíritu, y quiero decir el genio de los guipuzcoanos, tiene partidas grandes y excelentes, y también otras pequeñas y vituperables.

Son de genios alentados y de singular esfuerzo para hacer frente á los peligros y vencer dificultades y embarazos, y esto, que es loable, degenera hartas veces en arrojos y temeridades.

El valor y el ánimo nace con ellos.

En las guerras sangrientas de todo este siglo no ha habido regimiento sin soldados ó sin oficiales guipuzcoanos; pero ninguno notado de corbardo, ni de pusilánime, y todos en reputación de mucho ánimo y valor; y sean testigos desapasionados de esto los militares de las demás provincias de España.

Además, son testimonios de esta verdad dos capitanes generales de los ejércitos de Su Majestad, tantos tenientes generales, tantos mariscales de campo, brigadiers, coroneles y otros oficiales que en nuestros días llegaron á serlo por su valor sobresaliente; tantos capitanes de alto bordo, jefes de escuadra, mayor general, con otros oficiales de mar sin número, todos guipuzcoanos.

Están censurados, siglos ha, de menos obedientes y de no tanta sujeción como pide el arte militar, y hacen decir al Gran Capitán que más quería mandar gobernando un regimiento de leones que de vascongados.

Pero esto no es disminuir el valor, sino suponerlo mayor, y condenar solamente el exceso, cuando toca en imprudente, precipitado, bárbaro y feroz.

Si el dicho común y antiguo es verdadero, ocasiones puede haber en que el general necesite de soldados que tengan ese valor censurado, y en que les puedan servir los guipuzcoanos, pues á veces se ha debido la victoria, no al tiento ni prudencia del arte militar, sino al valor precipitado, bárbaro y feroz.

Digo si el dicho común es verdadero, porque en contra tengo la aserción del gran Duque de Alba, que en presencia de muchos príncipes y capitanes (1), estando en Nápoles, dió la preferencia á la nación de Guipúzcoa sobre todas las demás de España en el arte de la navegación y de la guerra.

Hay otros muchos que han impreso hartas veces que la guipuzcoana es la mejor gente de mar; y no quieren decir en esto que solamente es la mejor gente en la inteligencia y práctica de la navegación, sino también en el aliento y valor para abordar al enemigo, aunque sean mayores sus buques, resistir con coraje á fuerza mayor y no rendirse hasta el cabo.

Sin recurrir á ejemplares antiguos, cerca está el del Real de España en la batalla de Tolón, mandando guipuzcoanos la acción, cuya verdad se dirá en la historia, ya que hasta ahora la han querido desfigurar.

Pues nación que confiesa ser de mayor valor en la mar, es preciso confesar que lo es también en la guerra.

Las mujeres guipuzcoanas son también de valor superior á su sexo, no tan espantadizas como en otras provincias.

En las guerras con Francia son pocas las que abandonan sus casas, aún en los lugares fronterizos, y algunas y muchas han hecho cosas hazañas y muy varoniles de que pudieran sacarse ejemplares no muy antiguos.

No se espantan, sino que antes están con mucho gusto mirando los

(1) Dicen el D. Guevara y Baltasar de Echabe.

alardes donde los hay, viendo disparar arcabuces y fusiles, notando y haciendo burla de cuantos lo manejan mal.

Reciben, miran y tratan á los soldados, cuando pasan de un presidio á otro, con gran frescura y serenidad; y con la misma sacuden la bofetada al soldado insolente que se atreve á amagar alguna indecencia, de que se ven ejemplares muchos en los lugares de tránsito, y en San Sebastián y los Pasajes.

Andan por estos caminos y montes de un lugar á otro, ya acompañadas dos ó tres de ellas, ya también solas, con carga ó sin ella, sin temor de ladrones ni de otros pícaros malhechores, lo cual sirve de mucha admiración á los castellanos.

El valor de los guipuzcoanos, que tan largos tiempos estuvo desacreditado con el nombre de ferocidad y barbarie, está hoy casi limpio y despejado de esa nota.

Ya no se ven ni se oyen aquellas palizas horrendas entre unos lugares y otros, y aun entre un barrio y otro y de un mismo lugar, que de estilo y costumbre se practicaron hasta un tiempo.

Ya las romerías se hacen sin esas bárbaras valentías.

Ya se corren toros y gansos y se hacen otras fiestas sin palos ni pendencias.

Es verdad que muchos viejos en Oyarzun y otros lugares se lamentan de que ya no hay hombres, ni valen nada las fiestas, porque no se vé siquiera una cachetina entre muchachos.

¿Y qué tales serían de mozos los que están de temple tan suave cuando viejos?

Ya han cesado los cardillones crueles de San Sebastián y las pedreas atroces de los demás lugares de Guipúzcoa.

No hay ya provincia ninguna en España donde sea más respetada la vara de la justicia.

El genio del guipuzcoano es sabido, como el del vizcaíno.

Del guipuzcoano de bien á bien se logrará todo; pero por mal nada se logrará porque se emperra y obstina, y jura á Dios, Joancho, que no ha de ser lo que túquieres.

Es necesario tratarlos bien de obra y de palabra y no descuidarse en llamarlos villanos y mal nacidos.

Tratados bien, son admirables para amigos, son fieles, secretudos, serviciales.

Tratados mal y duramente, saltan y se enojan con facilidad.

Este mal trato ha sido la causa de que tal vez hayan hecho alto los marineros en los navíos de Caracas: pecado que bien se ha castigado en los pobres levantados, y mal se ha disimulado en los capitanes avarentos.

Son los guipuzcoanos amigos de hacer bien á propios y extraños, prontos á socorrer con sus personas y fuerzas á los que en los lugares y caminos les suceden fatalidades y desgracias.

Scan conocidos ó no, se da acogida agradable en las caserías á cuantos el aguacero, el trueno, la tempestad los hace buscar abrigo.

No hay provincia donde se practique más la caridad con los peregrinos y pobres como la de Guipúzcoa, así en los hospitales, que son tantos como los lugares y vilas, como en las caserías, donde reparten de su cena y comida con los pobres que allí se acogen, y tienen dos ó tres camas limpias, aseadas, en que duermen y descansan.

Con tan loables propiedades del genio es preciso confesar que tienen otras que necesitan de corrección y enmienda.

Son envidiosos, soberbios, ingratos de genio, que con el tiempo, la reflexión educación y virtud se pueden vencer todos, como se vencen muchos, y hacen virtuoso y loable su vencimiento.

Son envidiosos, no del bien y fortuna de extraños y forasteros sino de los suyos propios, de sus vecinos, paisanos y parientes que tengan á la vista.

Todo establecimiento en Guipúzcoa, aunque sea utilísimo al bien común, en Guipúzcoa ha hallado y hallará siempre, siempre los primeros enemigos.

Digalo la Real Compañía de Caracas, digalo la Fábrica Real de Anclas.

En ambas especies pudiera yo hablar infinito y hacer patente que no ha tenido la fiera persecución otro principio que la envidia de los paisanos, fortificada después con otras pasiones.

Los ánimos generosos y elevados nacen con los guipuzcoanos; pero con el pensamiento de que son tan nobles de sangre como todos degeneran fácilmente en soberbios, despreciadores de los ricos, de los indios, de los comerciantes, adinerados, de los andiquis y jaunchos, buscándoles todas las tachas que han podido tener en sus casas y familias, y esto sin más tentación de parte de los despreciados que el concebirlos sobrepuertos á su pobreza, ó medianía, ó poca fortuna.

Hacen poco aprecio de los hábitos de órdenes militares, de los tí-

tulos de marqueses, condes, duques, como sean del país, y á poco que le busquen la boca, un casero dueño de un solar dirá que es tan bueno ó mejor que todos ellos con sus adobaquis.

De esta soberbia les viene el ser ingratos, no quiero decir desagradables, sino que son de genios ingratos, esto es, desagradecidos y que estiman poco los obsequios, favores y servicios que les hacen; y se entiende aquí dentro del país y entre los paisanos.

Todo les parece que se les debe y que no hacen más que cumplir con su obligación cuantos los agasajan, obedecen y sirven.

Estos defectos, que tanto se descubren dentro de Guipúzcoa, se desvanecen en sus hijos cuando salen á otros países, aunque en ellos sea muy corriente la envidia, la soberbia, la ingratitud, y se hacen por todos lados genios estimables, bien que á mucho andar, con el ejemplo, con la experiencia de que tienen no mala acogida esos vicios en los países donde andan pueden volver á las andadas y al genio como le tenían antes de salir de Guipúzcoa.

Ya he advertido antes que hablo en general y en común, sin meterme en particulares excepciones, que confieso son muchísimas en guipuzcoanos de toda esfera.

Hablando del ingenio, no pudiera creerse que de un país todo aspereza, montañas, riscos, peñascos, asperezas, pudiesen salir ingenios nobilísimos, como los produce Guipúzcoa en todos sus rincones y para todas partes.

No hay aquí teatros de gran rumbo, ni universidades, ni escuelas mayores; no se enseñan matemáticas, ni en todas, ni en algunas de sus partes.

Y sin embargo, aún entre los que no han salido de entre los montes se hallan ingenios naturalmente y sin especulaciones habilísimos para lo más delicado que enseñan las matemáticas, como ya lo tengo antes apuntado.

Vése esto en los muchos que saben idear y ejecutar la fábrica de las herrerías grandes y pequeñas, con ingenios de agua cuya práctica se reconocen cuantos primores dicta una estática y mecanismo escrupuloso en sus cartapacios.

Vése esto en la facilidad con que aprenden tantos oficiales de herería el manejo de toda la máquina y de sus partes interiores y exteriores, y notando si alguna se extravia de las reglas y proporciones necesarias, y reduciéndola al instante á todas ellas.

Vése esto en tantos maestros, contramaestres, oficiales, constructores de navíos de toda especie, á cuya vista no dirán los inteligentes sino que se han tenido presentes para la ejecución las geometrías más sublimes que se estudian en las más famosas aulas.

Vése esto en la habilidad y primor con que en Guipúzcoa se trabajaron antes toda especie de armas antiguas y se trabajan hoy las modernas de fuego y bayonetas, fusiles de está moda, y luego de la otra, y en cualquiera moda sólidos y hermosos.

Vése, en fin, esto en la reciente fábrica de anclas, no fundidas ni de hierro colado, sino anclas sólidas y a martillo, pequeñas de diez y de veinte, y grandes de cuarenta, sesenta y ochenta quintales, ajustadas á proporciones y menudísimas dimensiones.

Anclas las más sólidas y firmes y las más bellas que se han visto jamás en Europa.

Invención ha sido que ahorrará á España caudales increíbles que antes pasaban á Holanda.

El ingenio para las otras ciencias de filosofía, teología, moral, escolástica, positiva, de jurisprudencia, medicina, filología, le muestran los guipuzcoanos fuera de su país, trasplantados á donde hay teatros y escuelas.

Díganlo, aún sin recurrir á los siglos pasados, en el nuestro, todas las Universidades de España, los Colegios mayores y menores, las Religiones, las Catedrales, las Audiencias, las Chancillerías y los Consejos reales.

En todos estos rumbos se han visto guipuzcoanos catedráticos, canónigos, dignidades, obispos, jueces, oidores y consejeros reales y de Estado; y es demostración de la habilidad é ingenio de los guipuzcoanos, necesario para tan altos empleos.

El doctor Isasti en un Compendio Historial de Guipúzcoa pone por sus clases diferentes los varones insignes que ha dado Guipúzcoa hasta su tiempo, y fué el año 1626; y no faltará quien haga catálogo de los que ha producido en los ciento treinta que desde entonces acá han pasado.

Hablando de las inclinaciones con que nacen en Guipúzcoa, la más sobresaliente es la que tienen al mar, no sólo en lugares marítimos y sus cercanías, sino también en los de tierra adentro.

Apenas toman dos lecciones, cuando se hallan casi de repente, y como por ensalmo, hechos marineros y pilotos, que á poco tiempo se

hacen prácticos é insignes, lo cual se ve cada día en muchachos que apenas les apunta el bozo.

Causa admiración el atrevimiento con que entran diez ó doce niños de escuela ó poco mayores enbote, en chalupa, y aún en lancha, y remando salen fuera al mar, levantan su vela y se van paseando á otro puerto donde hay juegos ó bailes, ó toros, ú otras fiestas y vuelven á sus casas con tanta seguridad como pudieran unos prácticos de mucha edad.

Apréstense dos ó tres navíos para Caracas, Buenos Aires y otros puertos de América; se presentarán á porfía marineros de Guipúzcoa voluntariamente.

No así cuando hay levas para la armada real, porque la precisión y sujeción es contra su genio, y porque tiempos ha que ven por experiencia que en los navíos del rey la ración y paga señalada es la mejor, pero que no se paga, ó se paga mal, por avaricia ó de los capitanes ó de los asentistas y ministros.

Pidieron al puerto de Santa María cien marineros el año de 1731; escondiéronse, y prendieron por las calles, plazas y tiendas cuantos oficiales y costaleros pudieron, y no se tuvieron por útiles sino hasta treinta.

Prendieron á un maestro de barco y le recargaron toda la obligación y castigo correspondiente.

Yo me hallé presente, y respondió con gran flema:

—«Pague el rey, y dará el puerto, no sólo ciento, sino trescientos marineros».

Y relató ejemplares recientes de mucha crueldad, practicada con los tristes marineros.

Y hé aquí por qué también en Guipúzcoa se resisten á servir en los navíos de la armada real.

No los pagan, y muchas veces ni los dejan salir de sus navíos, ni que vuelvan á sus casas á ver á sus hijos y mujeres después de largas campañas y navegaciones; y si los dejan venir es sin darles el menor socorro, y vienen á pie, pidiendo limosna, arlotes, medio desnudos, casi muertos de hambre, como aquel mismo año lo vi en Sevilla, y lo lloré.

La inclinación de los guipuzcoanos á la guerra por tierra era también muy grande en los siglos pasados, hasta el descubrimiento de las Indias y algunos años después, así porque aún les duraba el valor en

aquel punto, que se calificaba de ferocidad y barbarie, como porque se criaban sin ninguna delicadeza, ni melindres, y en fin, porque siendo, fecundísima en hombres la provincia, y no bastando ella á mantenerlos, se veian en la precisión de buscar fortuna en las guerras y batallas de fuera.

Pero después que descubrieron las Indias empezó á disminuirse el ardor é inclinación á la guerra; y con las riquezas que de allí trajeron los primeros, y que los viajes eran por mar, se aficionaron tanto á esta carrera, que perdieron toda inclinación antigua á la guerra por tierra, y aún se les ha convertido en odio y horror.

Hay dos excepciones: la primera, que conservan el mismo brío y valor para la guerra dentro del país y se alistan alegremente cuando han de defenderle en las guerras contra Francia.

Y la segunda es que la repugnancia es de servir de soldados rasos, no de cadetes y oficiales, que siempre los hay en gran número en los ejércitos de Su Majestad.

Oyendo el servicio del rey por la carrera de soldados rasos, no sé qué villano terror se apodera de nosotros y en qué sustos, apreturas y confusiones se ve por esta causa la provincia.

Para morir á millares en la Habana, en Caracas, en esas Indias y en el corso, y para morir sin utilidad del reino, ni de esta provincia, sin honra ni adelantamiento, siquiera de sus casas y parientes, todos se hallan prontos y aún pretenden esta su ruina; pero para servir al rey en un regimiento todos se hallan helados; ¡oh! que los que van por soldados van á morir: ¡ah, gallinas!

Lo primero, no van á morir todos, y lo segundo, van á morir en el lecho del valor, de la honra y de la virtud.

Y ¿á qué van por esos mares, por esas Indias, por esos corsos? Los más con exceso á morir con ignominia.

Esta mudanza de inclinaciones en Guipúzcoa nace de la diferente educación que reciben los jóvenes y chicos, que se crían con más delicadeza y melindres que antes y aprenden desde niños unas máximas ruines.

Los jóvenes se inclinan á lo que ven que se alaba y se estima.

No se les hable tanto de intereses, ganancias y provechos; no tanto de corsos, robos, haciendas; no tanto de las Indias y sus viajes, que han sido en este punto la perdición de la antigua inclinación guipuzcoana.

Habláseles de la gloria militar, del nombre é inmortal fama que se consigue; propóngaseles un gran número de ejemplares de los que por grandes soldados han sido la honra de Guipúzcoa.

Practíquense los alardes en todos los lugares, como se practican en algunos y está mandado á todos, reviven los ejercicios, que se han disminuido por la indolencia y desidia de los padres y madres y de los que mandan y pueden algo en los pueblos.

P. MANUEL DE LARRAMENDI.

